

Santiago Rengifo De La Torre

Antes de comenzar creo oportuno aclarar que la película a la que se hará mención en el presente artículo no tiene nada que ver con aquella que alcanzara tanta popularidad en la taquilla hace poco más de año y medio. Por cuestión de homónimos existen dos cintas que se llaman igual, pero que son muy diferentes en sus planteamientos, la “Crash” a la que me referiré fue realizada por el célebre director canadiense David Cronenberg, en el año de 1996, y fue a su vez el producto de la adaptación de un relato del mismo nombre, escrito por el notable narrador de ciencia ficción, J. G. Ballard en 1976.

Aclarado este punto sugiero, entonces, al lector desprevenido que se dirija al videoclub más cercano y alquile dicho film antes de abordar estas páginas, pues el referente visual le servirá de mucho a la hora de comprender que lo que se expondrá a continuación no proviene ni de desvaríos mentales ni de extrañas pesadillas étlicas o alucinógenas del suscrito. Sugerir la adquisición de la película, no excluye en ningún momento la opción de acceder a la revisión del texto original, obedece más bien a la triste realidad que cobija a escritores de culto como J. G. Ballard, cuyas obras raras veces se dejan ver por estas latitudes.



Crash

un placer deformado

Imágenes: Bibiana Peña y Andrés Reina

El argumento de “Crash”, tanto en lo fílmico como en lo literario, es una de esas obras que pueden ser fácilmente universalizadas, pues no se circunscribe a una sociedad o grupo humano en especial, y bien podría desenvolverse en Estados Unidos, en Europa o incluso en nuestras propias calles.

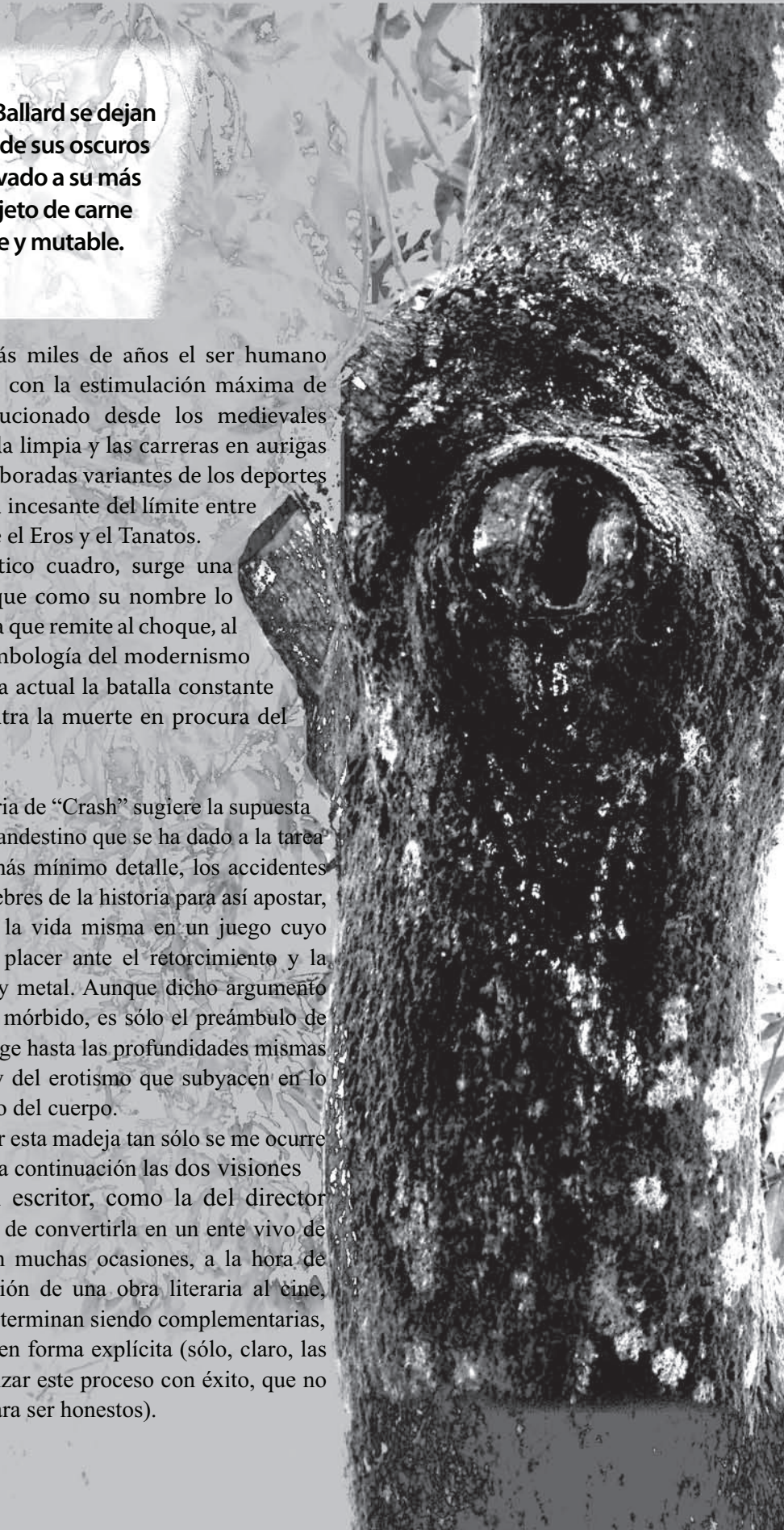
La temática es ante todo una reflexión hacia el interior del alma humana y los demonios que la habitan, una revisión a fondo de aquello que el hombre siempre se empeñará en disfrazar y justificar, el deseo absoluto hacia la carne y todo lo que en ella pueda ser alterable. Parafraseando a Freud, “Crash” es una historia que nos acerca a una de las primeras etapas en la construcción de la psique humana, la del niño definido como un perverso polimorfo.

Las mentes de Cronenberg y Ballard se dejan arrastrar hasta lo más profundo de sus oscuros deseos: el cuerpo humano llevado a su más básica concepción de objeto de carne maleable y mutable.

Durante cientos y quizás miles de años el ser humano ha perseguido y gozado con la estimulación máxima de su adrenalina, ha evolucionado desde los medievales enfrentamientos a espada limpia y las carreras en aurigas hasta llegar a las más elaboradas variantes de los deportes extremos, una búsqueda incesante del límite entre la vida y la muerte, entre el Eros y el Tanatos. A partir de tan dramático cuadro, surge una historia como "Crash", que como su nombre lo indica es la onomatopeya que remite al choque, al estrellón automotriz, simbología del modernismo que enmarca en la época actual la batalla constante que el hombre libra contra la muerte en procura del placer... o viceversa.

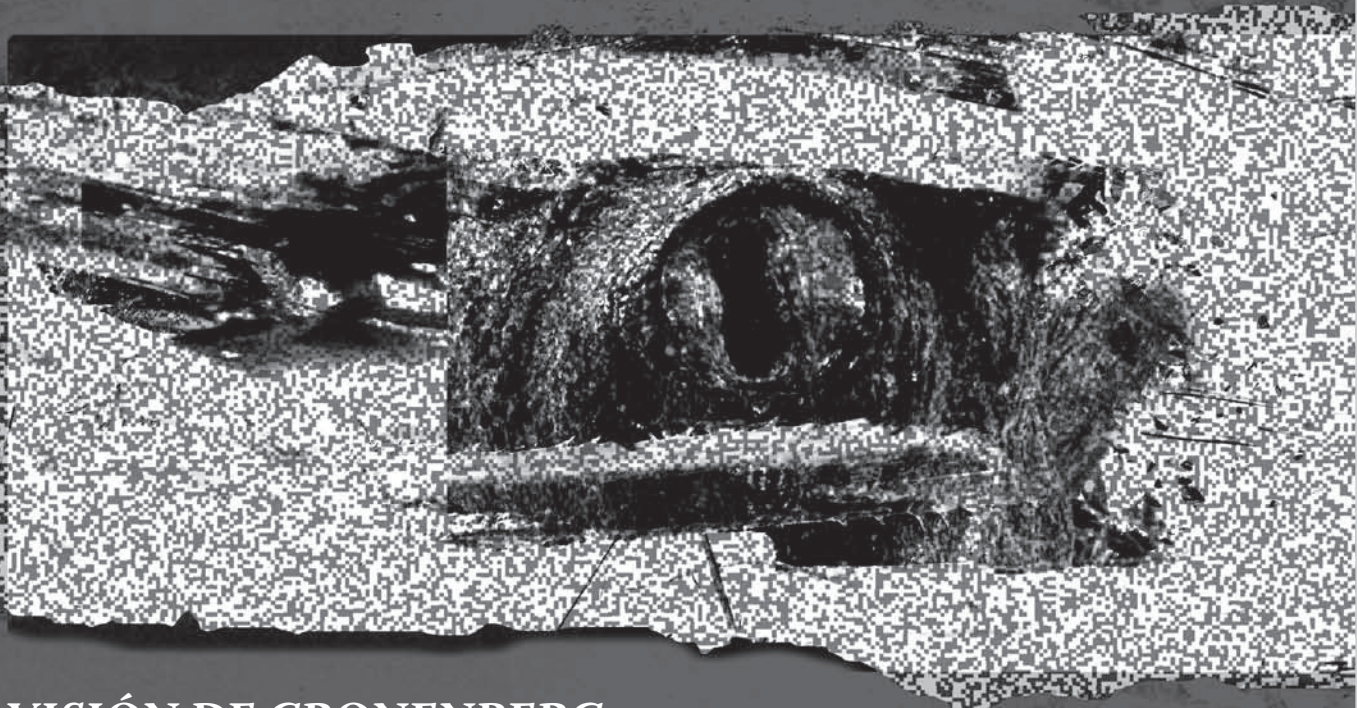
A grandes rasgos la historia de "Crash" sugiere la supuesta existencia de un grupo clandestino que se ha dado a la tarea de reconstruir, hasta el más mínimo detalle, los accidentes automovilísticos más célebres de la historia para así apostar, en tan singulares justas, la vida misma en un juego cuyo único fin es alcanzar el placer ante el retorcimiento y la simbiosis pura de carne y metal. Aunque dicho argumento sea ya de por sí bastante mórbido, es sólo el preámbulo de una historia que se sumerge hasta las profundidades mismas de la perversión sexual y del erotismo que subyacen en lo monstruoso y teratológico del cuerpo.

Para tratar de desenvolver esta madeja tan sólo se me ocurre la alternativa de plasmar a continuación las dos visiones del relato, tanto la del escritor, como la del director de cine que fuera capaz de convertirla en un ente vivo de imagen. Como ocurre en muchas ocasiones, a la hora de llevar a cabo la adaptación de una obra literaria al cine, tanto la una como la otra terminan siendo complementarias, así no lo hayan buscado en forma explícita (sólo, claro, las películas que logran realizar este proceso con éxito, que no es algo muy frecuente, para ser honestos).



Entonces, al igual que ocurre con el cuerpo del relato, las ideas tanto del escritor como del cineasta, terminan complementándose mutuamente, y terminan compartiendo y nutriendo una idea en común, sin que estén necesariamente obligados a trabajar juntos para poder desarrollarla. Dos intelectos han sabido explotar la idea desde sus respectivos campos artísticos para causar sensaciones ya sean impactantes, ya desagradables en el público, pero el caldo primigenio de sus aportes viene dado por aquello que la historia detona y exacerba en sus respectivos inconscientes.

La creación y la recreación obedecen en gran medida a la carga emocional expuesta por quien crea o recrea algo, y en este caso en particular, son las mentes de Cronenberg y Ballard las que se dejan arrastrar hasta lo más profundo de sus más oscuros deseos y perversiones en procura de conseguir el material psíquico necesario que permita plasmar la idea buscada. Una idea que es en resumidas cuentas el motivo de este artículo: el cuerpo humano llevado a su más básica concepción de objeto de carne maleable y mutable.



LA VISIÓN DE CRONENBERG

Quienes gusten del cine seguramente tienen en su memoria recuerdos muy vívidos de algunas realizaciones de David Cronenberg, director de alto calibre, quien ha sabido construir películas que ya son objeto de culto entre cinéfilos y cinéfangos. No es casualidad que para el momento de adaptar "Crash" se barajara su nombre pues ya con anterioridad había demostrado sus cualidades en el asunto de adaptar libros al lenguaje cinematográfico, su más célebre y recordada adaptación fue la de "El almuerzo desnudo" (1991), de la novela homónima del escritor William Burroughs. Narración que amén de su complejidad discursiva, presentaba grandes dificultades a la hora de ser ordenada en un guión que fuera medianamente digerible y coherente para el espectador. Sin embargo, Cronenberg logró recuperar la esencia misma del relato y, de paso, instituyó un referente a seguir que ha mantenido en gran parte de su carrera como director: la utilización exacerbada y meticulosa del maquillaje, tanto como herramienta para recrear mutaciones y monstruosidades en el cuerpo, como elemento intrínseco de la historia a narrar.

Seguirían a esta célebre película otras como la paranoica "Videodrome" (1982) y muy especialmente su *remake* del film clásico "La mosca", (1986) siendo esta última uno de sus mayores logros y un acontecimiento que le abriría las puertas a la fama debido a la impresionante metamorfosis del protagonista durante el desarrollo de la historia.

Es aquí donde Cronenberg pone sobre el tapete la particular filosofía en torno al cuerpo que caracteriza su obra, las alteraciones que rayan en lo horrendo y mórbido, pero que están debidamente sustentadas y que no obedecen al canon de la típica deformación del monstruo hollywoodense que pretende simplemente asustar, mover a la náusea, o en el peor de los casos a la risa y el tedio.

"La mosca", como construcción narrativa, plantea la dificultad del cambio, el paso adelante en una evolución antinatural y atropellada, que al principio aparece cargada de una voluptuosa eroticidad. A medida que el humano y la mosca se funden en un solo ser, el cuerpo del desconcertado científico se robustece, comienza un proceso de descubrimiento de habilidades y capacidades, de las cuales la menos grata no es que le sea posible cargar a una prostituta por ocho pisos y luego hacerle el amor hasta que la "profesional" caiga

agotada. Una vez terminado este leve tránsito de frenética sensualidad comienzan las dolorosas consecuencias, comienza a gestarse el crudo y áspero cambio fisonómico que va de la mano con el psicológico. De este modo, el ser humano del genio se ve consumido poco a poco por la irracionalidad de la bestia que pugna por alcanzar la supremacía. Argumento que fuera puesto en la palestra literaria hace ya tanto tiempo por el célebre relato del "Dr Jekyll y Mr Hyde" de Robert Louis Stevenson.

Peromás allá del planteamiento narrativo, lo que se destaca es la deconstrucción de la carne, una lenta y progresiva mutación hacia un estado bizarro que plantea la dicotomía de encontrar al ser humano bajo las capas de la criatura y buscar su redención, o su destrucción final, por ser ésta una forma de vida que ya no encaja en los parámetros de la sociedad a la cual pertenecía en un principio.

Arcano principio que subyace en toda sociedad que se precia de ser libertaria, pero que no ha abandonado sus tendencias racistas y excluyentes.

Nótese, por ejemplo, la marcada intención de Cronenberg por mostrarnos el lado repulsivo de este nuevo ser a través de

sus muy peculiares hábitos alimenticios (escupir ácidos a la comida para descomponerla y chuparla), o la más notoria desfiguración de su cuerpo, el cual comienza a trepar por las paredes.

Cual Gregorio Samsa, el nuevo ente no tiene ya cabida en la sociedad "normal" que antes lo acogiera como una eminencia científica, y ahora se debe proceder a eliminarlo a tiro limpio antes de que derrita a la gente con sus babas.

La filosofía de Cronenberg acerca del ser humano con su carne alterada, que escapa al juicio moral ocultándose y deslizándose bajo la superficie socio-cultural de lo aceptado como normal, encuentra un nuevo espacio en "Crash".

**Carne y metal
comienzan a ser algo
cotidiano ante sus
ojos, a tal punto que
el deseo comienza
a ser trasladado
de lugar amor a la
cicatriz.**

En dicha historia no se presentan monstruos visibles, pero sí una innumerable cantidad de deformidades ocultas y visibles. Deformidades que van de lo físico a lo mental y que se conjugan de las maneras más insólitas posibles dentro de la apariencia.

Una reminiscencia que toca los límites de lo grotesco, pero de asombrosas similitudes puede ser encontrada por el cinéfilo curioso en la película "Alta sociedad" (1984) del director norteamericano Stuart Gordon y que pertenece al absurdamente subvalorado género del cine llamado "gore".

La historia de "Crash" contiene, como dije anteriormente, los componentes prototípicos de un relato universal y adaptable en cualquier contexto: un protagonista aparentemente normal, físicamente atractivo, pero cuyo interior abriga toda una represa de deseos exacerbados listos a reventar. El detonante, como resulta casi de suponer, será una mujer, una verdadera devoradora de hombres que trae las llaves de la cerradura para liberar todas las pasiones amorfas encerradas en el hombre. Pasiones, que como ocurre en la mayoría de las represiones, terminan por llevarse por delante a su dueño y sofocarlo en un confuso torrente sin rumbo fijo. A medida que los deseos confusos comienzan a envolver la misma cordura del hombre, surge pues el elemento que añadirá el toque definitivo al caos erótico del protagonista.

El vértigo del peligro y la muerte inminente, la alta velocidad dentro de un cascarón de consideraba anodino y encontrar cobijo entre quienes comparten las pulsiones sexuales que él mantuviera ocultas por el temor al señalamiento moral y ético de su entorno social.

Carne y metal comienzan a ser algo cotidiano ante sus ojos, a tal punto que el deseo comienza a ser trasladado de lugar y alcanza su cúspide cuando intenta hacerle el amor a la cicatriz que en forma de vulva posee en el muslo una de sus nuevas "amigas". Algo que de un modo muy sutil puede ser tomado como apología e hipérbole en la cultura del *piercing* y el arete.

Utilizar el recurso del automóvil como referente asociado al placer simbiótico con el metal no parece ser una fórmula sacada del sombrero ni una estrategia aplicada en el último minuto. Desde la perspectiva del psicoanálisis, el auto posee notables connotaciones fálicas y de poder, es el elemento perfecto a la hora de ser asociado con el vértigo, el frenesí, la lujuria y el deseo. Por eso, la historia comienza a acelerarse y a aparecer como un borrón, del mismo modo en que la imagen que tenemos de la ventanilla cuando el auto que comandamos alcanza las más altas velocidades para ir a hacerse añicos contra el oponente.



Los referentes en esta historia son muy claros: el placer y el vértigo por la velocidad son sólo para aficionados, entonces, es el momento de ir más allá, trascender el reto cotidiano y aburrido de ganarle al adversario en una carrera lineal, pues ya no se encuentra placer en ello, no existe reto ni riesgo.

El nuevo premio es salir con vida y alcanzar en el proceso algún profundo rastro dejado por la caricia del metal, de esta forma se alcanza el placer máximo, la muerte se convierte tan sólo en una parte no contemplada del proceso, un estorbo en el camino de la consecución del placer, por así decirlo. Dos caras de la moneda que se exponen como alternativas maniqueas: Eros ó Tánatos, deseo ó muerte, sin más alternativas.

Es entonces cuando el ritual sufre una mutación y la meta final consiste en sentarse al volante y reproducir el último momento vivido por los más grandes ídolos de los accidentes automovilísticos; un James Dean, una Jean Mansfield, pero no idolatrados por lo que fueron en vida, sino por la forma en que mutaron y el resultado final que alcanzaron al entrar en comunión permanente con el metal.

**Cronenberg no
escatima esfuerzos
en mostrar los
cambios bruscos de
la carne y el metal
en la forma más
visceral posible.**



Aterradora perspectiva que remite sin querer a la barbarie actual que se vive en los quirófanos de las clínicas estéticas, en los cuales sólo se reemplaza el metal por la silicona, pero en los que la idolatría por quien mutó y alteró su carne continúa siendo un parámetro a seguir.

Cronenberg no escatima esfuerzos en mostrar los cambios bruscos de la carne y el metal en la forma más visceral posible: soportes externos para piernas que se hunden en las piernas hasta alcanzar los huesos, diversos pernos, tuercas y láminas de metal que acompañan y soportan las atrofiadas extremidades de quienes han entrado en el juego y la eucaristía del cambio. Entonces parecería que poco a poco el deseo termina dando un paso definitivo de la carne hacia el metal, estos nuevos seres se integran de modo definitivo al metal, no viéndolo ya como un invasor sino como una parte fundamental de sí mismos.

En este proceso el auto comienza a transfigurarse en el foco del erotismo, al que se accede al entrar en él, como si fuera un ente vivo para hacer parte de su estructura por siempre.

De aquí en adelante, hablar más acerca del relato sería tanto como adelantar la conclusión de la historia, y como amante del cine que soy, respeto a quienes lo aprecian tanto como yo, así que odiaría que me contaran el final de una buena película, como esta, antes de tener la oportunidad de apreciarla. De este modo pues dejaré en las manos y ojos del curioso lector el ejercicio de asumir y degustar esta historia para que puedan juzgarla por sí mismos. Ahora es momento de hablar acerca del enfoque narrativo y examinar el sustrato fundamental de este relato desde la perspectiva ofrecida por su creador: J. G. Ballard.



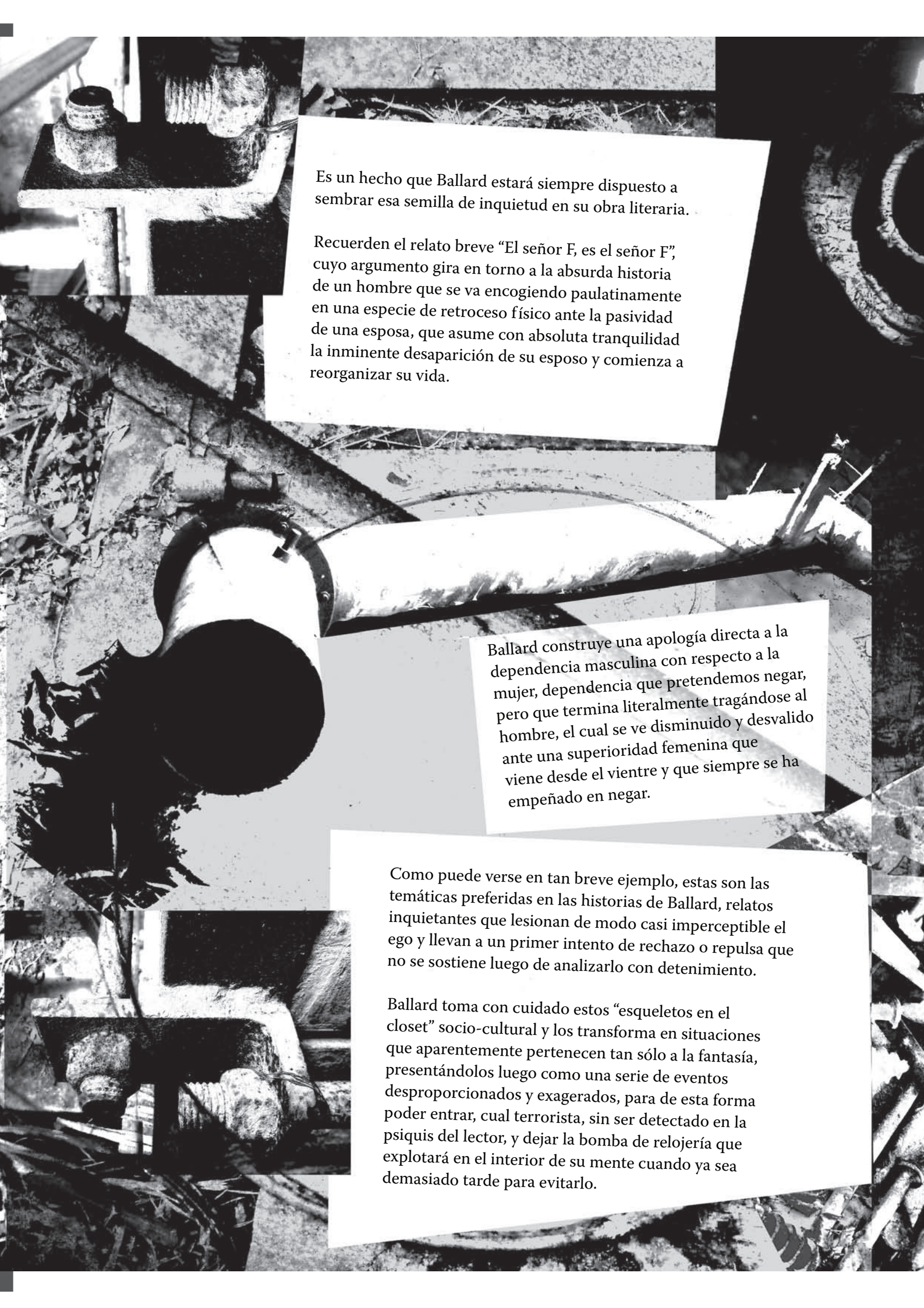
LA VISIÓN DE BALLARD

J. G. Ballard es ante todo un narrador de historias cortas, es en ellas donde ha alcanzado renombre como uno de los más críticos y hábiles escritores del género de la ciencia ficción contemporánea. Si su nombre no resulta muy conocido para la mayoría de los lectores, ello se debe a la particularidad de sus relatos y al género al cual apuntan; ya que lamentablemente, el relato de ciencia ficción no es uno de los estilos literarios más cotizados en el contexto latinoamericano.

El estilo de Ballard se inclina hacia lo metafórico, cada una de sus historias conlleva a pensar en cosas que el mismo cuerpo del relato no plantea. Es un escritor que debe ser descubierto a través de los velos impuestos en sus relatos y es quizás en ello donde radica su mayor atractivo.

Historias como la planteada en "Crash" se convierten en retos narrativos que siempre están exigiendo al lector algo más profundo que debe ser descubierto, entendido y discutido. En muchas ocasiones, llevar a cabo este ejercicio

de interiorización puede conllevar a que el lector se confronte con postulados que no estaba preparado para encarar en primera instancia, de ahí que no fuera de extrañar la reticencia con la que en un principio tanto su historia "Crash", como la película en la que fue basada, fueran recibidas por diversos críticos de la literatura y el cine alrededor del mundo.



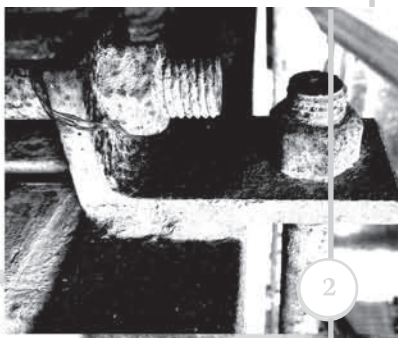
Es un hecho que Ballard estará siempre dispuesto a sembrar esa semilla de inquietud en su obra literaria.

Recuerden el relato breve “El señor F, es el señor F”, cuyo argumento gira en torno a la absurda historia de un hombre que se va encogiendo paulatinamente en una especie de retroceso físico ante la pasividad de una esposa, que asume con absoluta tranquilidad la inminente desaparición de su esposo y comienza a reorganizar su vida.

Ballard construye una apología directa a la dependencia masculina con respecto a la mujer, dependencia que pretendemos negar, pero que termina literalmente tragándose al hombre, el cual se ve disminuido y desvalido ante una superioridad femenina que viene desde el vientre y que siempre se ha empeñado en negar.

Como puede verse en tan breve ejemplo, estas son las temáticas preferidas en las historias de Ballard, relatos inquietantes que lesionan de modo casi imperceptible el ego y llevan a un primer intento de rechazo o repulsa que no se sostiene luego de analizarlo con detenimiento.

Ballard toma con cuidado estos “esqueletos en el closet” socio-cultural y los transforma en situaciones que aparentemente pertenecen tan sólo a la fantasía, presentándolos luego como una serie de eventos desproporcionados y exagerados, para de esta forma poder entrar, cual terrorista, sin ser detectado en la psiquis del lector, y dejar la bomba de relojería que explotará en el interior de su mente cuando ya sea demasiado tarde para evitarlo.



Eso es lo que ha ocurrido con “Crash” y con otros de sus relatos más celebrados; han dejado la inquietud de algo que nadie se atrevía a admitir pero que estaba ahí, esperando para confrontarnos, y por qué no decirlo, para despertar en nosotros el más infinito terror, pues si algo en verdad puede mover al miedo de manera más contundente es el hecho de tener que confrontar nuestras propias concepciones acerca del mundo.

Quizás la comunidad inventada por Ballard en “Crash” no exista en la vida real (quizás), pero lo que queda de manifiesto con esta historia es que nuestra sociedad se ha empeñado por mucho tiempo en empujar hacia el fondo de un silo profundo una cantidad de emociones y deseos por considerarlos peligrosos e inestables y se ha olvidado que el verdadero peligro radica en no pensar en las consecuencias a la hora de construir tales represiones.

Y no me refiero aquí a represiones de tipo estatal o militar, lo que veo en la obra de Ballard es una inusitada capacidad para lanzar la alerta hacia una sociedad empeñada en reprimir las emociones y las pasiones, al costo de que un día cualquiera éstas le estallen en su propia cara con mayor potencia que una bomba de hidrógeno.

Sumergirse en la idea del “estar bien”, de lo que se ha idealizado como “perfecto”, lo “light” y un sin fin de salidas falsas no socava ni elimina la realidad de las carencias fundamentales de los seres humanos en cuanto a lo emocional.

El deseo polimórfico, por su parte, no se sujeta a rasgos de civilidad; con justa razón podríamos calificarlo de irracional, pues no obedece a ninguna lógica preestablecida, encuentra entonces la manera de brotar a la conciencia a través de válvulas de escape que pueden llegar a ser tanto destructivas como deconstructivas. Es a partir de esta especie de "fuga" masiva de placer cuando el ser humano se ve de repente agobiado y esclavizado por la agresividad con la que sus propias pulsiones se vuelcan sobre los objetos, el amor hacia dichos objetos puede ser destruido en dicho paso, no es para nada exagerada.

Carne y metal son para este caso en particular, y pensamiento racional, mas perfectamente a Ballard nos define con

¿Sobreviviríamos a semejante encrucijada?

De su producción cabe reseñar rápidamente uno de sus relatos de horror más celebrados y que va muy de la mano con lo expuesto aquí. Se intitula "La política del cuerpo", y narra, desde una perspectiva hasta cómica, la increíble historia de un hombre, que deciden un buen día declarar su independencia y decretar la muerte de las manos de un hombre, que deciden un buen día anfitrión para alcanzar la supremacía.



Sería interesante ahondar un poco en esta revisión de las pulsiones más primitivas y su relación con el cuerpo, de la mano de estos inquietantes exploradores de lo mórbido en la psique humana, pero por ahora es conveniente dejar las inquietudes abiertas para que sea el lector quien vaya constituyendo su propio rompecabezas.

Por ahora la discusión acerca de las perspectivas que tomará el deseo en el futuro son un misterio, existe la posibilidad (menos remota de lo que creemos) de que en corto plazo, fenómenos como el presentado como ficción en "Crash" se conviertan en parte cotidiana de la sociedad. Pero siempre es menester mantener una actitud positiva y creer en una probable reivindicación del amor y la ternura como ejes fundamentales de una sana canalización del deseo en procura de una relación más armónica entre los seres humanos. 

(1) Ballard, J.G. (1998). *Zona de catástrofe*. Ediciones Minotauro.

(2) Barker, Clive. (1978). *Libros de sangre*. Editorial Círculo de lectores.

